

hizo á la Tierra Santa en el año de 1835. Espectáculo sin duda consolador fué éste para un hombre que distaba tantas leguas de mar del lugar de su Aparicion." Así, pues, vemos verificada en Nuestra Señora de Guadalupe aquella célebre vision de Mardoqueo, expresada en éstas palabras: *Parvus fons, qui crevit in fluvium, et in lucem, solemque conversus est..... Esther est, quam Rex accepit uxorem, et voluit esse Reginam.*

CAPITULO VI.

Noticia de algunos Jesuitas que dejó pendiente el P. Alegre.

Los años de 1756, 57 y 58, son notables en la historia por la muerte de varios Jesuitas ilustres, cuyas biografias dejó pendientes el P. Alegre y son las que siguen:

En 22 de Junio de 1756 en el Colegio del Espíritu Santo de Puebla falleció el P. Sebastian de Sestiaga, de que ya hemos hecho mencion en otro lugar, como uno de los más laboriosos y célebres misioneros de la California. Nació en Teposcolula, pueblo considerable de la Mixteca en 1684. Entró muy jóven en la Compañía y desde el principio se concilió la estimacion, no solo por su virtud, sino por su bello ingenio. Siendo en 1718 catedrático de bellas letras en México, fué destinado por los Superiores á la California. En los veintinueve años que rigió sucesivamente las Misiones de Mulegé y San Ignacio, convirtió un número muy considerable de infieles, y propagó de un mar al otro la doctrina de Jesucristo con indecibles trabajos. Como los bárbaros que acudian á las Misiones á ser instruidos en la fé eran, segun el uso antiguo de la California, sustentados á expensas del misionero todo el tiempo que duraba su instruccion, el P. Sestiaga, siempre que dejaba víveres suficientes para alimentar á los catecúmenos que tenia ya reunidos, tomaba un saquillo de maíz y carne seca para alimentarse, y salía á buscar á los otros que aun no lo estaban, en sus propias habitaciones, distantes tal vez doce ó más leguas de la Mision, y allí partiendo con ellos su provision, permanecía más ó menos tiempo, segun era necesario, predicando, catequizando, bautizando, confesando y sufriendo en cuanto al cuerpo una vida semejante á la de los salvajes, sin casa y sin cama, expuesto de dia y de noche á la intempérie y privado de todas las comodidades de la vida. Con este modo de vivir se acostumbró á dormir siempre vestido, y así estaba más pronto para levantarse, como lo hacía todos los dias dos horas antes de amanecer, á ocuparse en el ejercicio de la oracion y prepararse para la Santa Misa. A veces haciendo alguna correría apostólica por los bosques en compañía de algunos de sus neófitos, trasportado de celo y con el rostro inflamado prorrumpía en éstos clamores: "venid todos; venid á la fé de Jesucristo. ¡Oh! ¡Quién pudiera haceros á todos cristianos y llevaros al cielo!" Su corazon estaba tan desprendido de las cosas terrenas, que

habiendo arrojado en una borrasca las olas del mar muchas madreperlas en la playa de la Mision y siéndole éstas presentadas por los indios, las mandó volver al mar sin querer aun abrirlas. Su suma delicadeza de conciencia le ocasionó tal tempestad de escrúpulos, que quedando por ellos casi inútil para las funciones de misionero, fué á su pesar, obligado á dejar las Misiones. Los Superiores le enviaron á México y despues al Colegio del Espíritu Santo de Puebla, residencia ordinaria de los ancianos y enfermos á resulta de las tareas apostólicas, en donde falleció de una manera santa y edificante, como refiere el P. Clavijero, que se halló presente á su dichosa muerte.

El año siguiente tuvo la Provincia varias pérdidas de consideracion. La primera fué la del P. Francisco Solchaga: nació en la ciudad de Querétaro el dia 7 de Marzo de 1672 de padres igualmente ilustres que piadosos. A los once años de su edad comenzó á estudiar la gramática y se halló con tal rudeza y estupidez, que en dos años y medio no pudo aprender ni aun las declinaciones del arte: mas intempestivamente se sintió un dia tan iluminado por providencia del cielo, que fueron asombrosos los progresos que hizo en los estudios y en las ciencias. Apenas contaba quince años cuando entró en la Compañía de Jesus, vistiendo la ropa en el Colegio de Tepozotlan, en cuyo noviciado dió á conocer tanto su juicio, su virtud y observancia, que á los dos meses de estar en él fué destinado por el Superior para pedagogo de los demás novicios. Antes de ser sacerdote fué enviado al Colegio de Oaxaca á leer gramática, y desde entonces se llevó allí las atenciones en la oratoria, pues predicó con el mayor aplauso en las plazas de la ciudad las pláticas morales del adviento y la cuaresma; y ordenado de presbítero se dedicó con indecible celo al ministerio del confesonario, haciéndose muy notable por su acertada dirección de las almas: dentro de muy poco tiempo fué asignado para sustentar el acto mayor de teología que desempeñó por mañana y tarde á satisfaccion de todos los sábios que fueron sus espectadores. Apenas concluyó la carrera de los estudios, en que llegó á ser uno de los más insignes teólogos de la Provincia de Nueva España, comenzó á ejercitarse en el penoso empleo de las Misiones, saliendo repetidas veces en el año á recorrer muchos lugares del reino, en todos los que cojió siempre los mayores frutos de virtud y reforma de costumbres, y era escuchado y admirado como un oráculo hasta llegar á hacerse célebre y famoso en todas partes por su admirable predicacion. Bien satisfecho de la ciencia y probidad de este grande hombre, el R. P. Provincial que era entonces el P. Francisco Arteaga, lo eligió para que pasara al Colegio de Guatemala á leer filosofía. En aquella retirada capital se aplicó con tal teson y celo al cumplimiento de sus deberes, que dentro de poco llegó á ser el objeto de la admiracion de todos. En la cátedra for-

mó muchos sujetos que despues condecoraron á su patria con sus letras y servicios: en el púlpito desempeñó con grande magisterio los sermones de las principales festividades que allí se celebraban. Nombrado Rector del Seminario de S. Francisco de Borja de la misma ciudad, reformó á su juventud que habia dado repetidas muestras de su indocilidad y desaplicacion. Por excitacion particular del Illmo. Obispo de Nicaragua hizo una mision en su diócesis en la que padeció mucho, pero recogió en recompensa admirables frutos en la conversion de sinnúmero de almas. Acabada aquella mision volvió á Guatemala donde permaneció diez años, y pasó en seguida al Colegio Máximo de México á enseñar sagrada escritura, teología moral y escolástica, siendo siempre alabado y admirado de los sábios por su profunda ciencia y sublime entendimiento. El duque de Linares, Virey en esa época, hizo grande aprecio del P. Solchaga y continuamente lo obligaba á predicar en la capilla real. Era no menos el consultor general en los negocios más árdulos de la Iglesia, de la magistratura y del comercio. Su dirección en el confesonario era muy solicitada, á pesar de que enmedio de tantas ocupaciones, á ninguno se negaba á confesar. Siendo Rector del Colegio de S. Ildefonso de Puebla fué acometido de un insulto apoplético, que le obligó á retirarse á varios Colegios y especialmente al de su patria, donde convaleció, sirviendo despues otros cargos y la dirección de la casa de ejercicios de Puebla, anexa al Colegio del Espíritu Santo, donde murió el dia 3 de Febrero de 1757, á los 86 años de edad, con universal sentimiento de toda la ciudad y aclamacion general de sus virtudes. "Yo quiero concluir, dice el autor de las *Glorias de Querétaro*, este pequeño y desaliñado elogio que he procurado tejer al insigne V. P. Francisco Javier Solchaga, con las enérgicas, elegantes y afectuosas cláusulas con que dió principio á su vida el sábio P. Paredes: dice, pues, que fué el P. Solchaga Jesuita observante con la práctica de sólidas virtudes, continuada por el espacio de una larga vida: misionero celoso probado en la Diócesis de Nicaragua, cuyo distrito corrió apostólicamente; maestro consumado que ilustró las superiores cátedras del Colegio Máximo; orador peregrino á quien en todas partes siguieron los aplausos; catequista singular destinado con especial providencia para la explicacion de la doctrina cristiana; prelado prudentísimo á cuyos dictámenes correspondieron siempre los aciertos; director fervoroso de la santa casa de Ejercicios, cuyo espíritu obró fervorosos efectos en los ejercitantes; sujeto, finalmente, de capacidad grande, ingenio delicado y literatura escojida, de juicio maduro, porte circunspecto y edificativo, que se hizo objeto de veneracion por sus laudables ejemplos. La venerable Congregacion de María Santísima de Guadalupe de la dicha ciudad de Que-

rétaro, tiene la gloria de haber contado entre sus individuos á este venerable Padre, á quien recibió con sumo gozo y con universal aplauso de todos los congregantes el 24 de Noviembre de 1742, por reconocer el honor que la resultaba de tener por hijo á varon tan insigne y edificante. El R. P. Antonio de Paredes de la Compañía de Jesus, Rector que fué del Colegio de San Ignacio de la repetida ciudad de Querétaro y del de el Espíritu Santo de Puebla, nos dejó escrita su vida admirable con estilo muy florido y elegante, la que se imprimió en el Colegio de San Ildefonso de México el año de 1758."

Muy pronto siguió á este gran varon otro no menos ilustre, y aun puede decirse, de mayor nombradía, por sus servicios al público, sus empleos en la Religion y sus viajes á Europa y Asia. Este fué el V. P. Juan Antonio de Oviedo, natural de Bogotá, donde nació el 25 de Junio de 1670: su familia fué nobilísima por su cuna y por los elevados empleos que desempeñaron sus mayores; su padre, á quien perdió de muy niño, fué oidor de Nueva Granada; su abuelo materno lo fué de Lima y Guatemala, y su tio, tambien materno, á quien debió su educacion, era Dean de esta última Catedral. En esa ciudad hizo sus estudios en el Colegio de los Jesuitas, donde tuvo por maestro de gramática y filosofia al célebre P. Juan Martinez de la Parra, y de teología al apostólico y V. P. Juan Ceron: en aquella Universidad recibió el grado de doctor; primer grado mayor que se dió en ella el 11 de Setiembre de 1689, cuando aun no cumplía los veinte años. Llamado por Dios á la Compañía de Jesus, experimentó no pocas contradicciones de sus parientes; pero al fin su constancia venció, y despues de algunos meses de haber estado en el convento de Santo Domingo como en clase de arrestado, por las violentas determinaciones de sus deudos, tomó la sotana de Jesuita en la misma ciudad de Guatemala el 12 de Diciembre de 1690, trasladándose en seguida á la ciudad de México para hacer su noviciado en Tepotzotlan. Pasado éste con sumo fervor bajo el magisterio del gran maestro de espíritus, el V. P. Diego de Almonacir, hizo sus primeros votos religiosos el 17 de Enero de 1692, con extraordinario júbilo suyo y no menor de la Compañía, que habia ganado para su cuerpo un sujeto de tantas esperanzas. Sus primeras ocupaciones fueron las de la enseñanza: del año de 1692 al de 95 dió lecciones de retórica en el Colegio de San Pedro y San Pablo; en 1697 enseñó curso de artes en el mismo Colegio; en seguida fué Rector del de San Ildefonso de México, y posteriormente en el del mismo título de Puebla explicó Sagrada Escritura, y poco antes habia enseñado teología moral en el de Guatemala, donde hizo su profesion solemne de cuatro votos el 25 de Marzo de 1704. Pero sus principales ocupaciones fueron las del gobierno, tanto de los colegios, como del general de la Provincia. A poco de su profesion hasta 1711 fué Secretario de los Provinciales

P. Juan de Estrada y P. Antonio Jardon. En el mismo pasó de Rector al Colegio de S. Ildefonso de Puebla, y en 1714 por segunda vez caminó á Guatemala. Lo particular en el P. Oviedo fué, que en medio de las muchas atenciones de su gobierno, era un incansable operario de la viña del Señor en todos ellos, confesando, predicando, visitando las cárceles y hospitales y desempeñando cumplidamente todos los ministerios del Instituto, asombrando ver cómo era capaz de dar lleno á tan difíciles y delicadas atenciones. En 1716, á consecuencia del naufragio de los dos Procuradores de la Provincia, en el canal de Bahama, regresó á México por quinta vez para desempeñar las funciones de ambos, y embarcándose en Veracruz llegó á Cádiz en Agosto del mismo año: de ese puerto pasó á Madrid, luego á Francia, en seguida á Génova, y atravesando la Saboya llegó á Roma, donde asistió á la Congregacion de Procuradores en 1717: en la Santa Ciudad se adquirió un gran concepto de sabiduría y virtud no menos del Sumo Pontífice Clemente XI, que de su General y de los principales Jesuitas romanos, y de la multitud de personas religiosas y seculares con quienes tuvo que tratar muchos negocios, pues en esa época siendo tan difíciles las comunicaciones con Roma, los Procuradores Jesuitas que pasaban de México llevaban sinnúmero de encargos de los obispos, comunidades, cabildos y aun particulares, que aunque espirituales, no dejaban algunos de ser penosos y todos en el conjunto hacian laboriosísimo ese oficio, para el que eran nombrados sujetos muy escojidos. Concluidos sus negocios en la corte pontificia, el P. Oviedo pasó á Madrid á desempeñar otros propios de aquella corte; y allí se adquirió no menos buen concepto del Rey, sus ministros y Jesuitas españoles. La laboriosidad del P. Juan Antonio se hizo notar en todas esas grandes é ilustradas poblaciones; porque en medio de sus multiplicadas tareas no abandonaba las del confesonario y predicacion: el Juéves Santo de 1718 dijo la oracion latina que se pronuncia ante el Papa en la Capilla Sixtina al anochecer, la que mereció grandes aplausos del Colegio de Cardenales, tanto por su mérito literario, cuanto porque habia sido una improvisacion, por haberse enfermado repentinamente la víspera el Jesuita que debia pronunciarla: en Madrid tambien, entre varios sermones que predicó en fiestas principales, dijo uno ante el Rey y la corte en el convento real de la Encarnacion, que arrancó los mismos aplausos que en Roma, y aun parece que se dió á la prensa. En Agosto de 1719 regresó el P. Oviedo á México con una escojida Mision de Jesuitas europeos que muchos fueron utilísimos á la Provincia, y se encargó del gobierno del Colegio del Espíritu Santo de Puebla, uno de los primeros del país, donde continuó por tres años su laboriosa y edificante vida. En 1722 fué nombrado por el R. P. General, Visitador de la Provincia de Filipinas, á donde pasó con sumos trabajos por

lo atrasado de la navegacion en esa época; y habiendo recorrido aquella vastísima Provincia visitando todos sus colegios, establecimientos y Misiones, regresó de nuevo á México, dejando en Asia así como en Europa un gran concepto de su persona por cuantas lo trataron, así las constituidas en dignidad, como las particulares que tuvieron relaciones con él. Vuelto á México fué primero operario de la Casa Profesa, empleo penosísimo por los ministerios que allí se desempeñaban; en seguida se le nombró Rector del Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo, cargo no menos penoso que comprometido, pues en él hacía sus estudios la juventud Jesuítica, y era como el almáximo de los varones apostólicos que debían difundir en su edad madura el Evangelio por la vasta extension de la América. En fin, fué Provincial por dos diversas ocasiones, de 1729 á 1739: durante ese empleo hizo la visita de la dilatada Provincia de México, que se extendía por el espacio de casi mil leguas: en su tiempo se establecieron los Colegios de Leon y Guanajuato: se recibió en el Virreinato el magnífico informe á favor de las Misiones por el brigadier D. Pedro de Rivera, que consta en la historia del P. Alegre: se asistió por los Jesuitas de la Provincia la epidemia terrible del Matlatzahuatl, en que tanto brilló la caridad, desinterés y heroicidad de sus servicios: se celebraron las canonizaciones de S. Luis Gonzaga, S. Estanislao de Kostka y S. Juan Francisco Rejis, y puede decirse que la Provincia mexicana tocó al apogeo de su grandeza. Terminado el decenio en que fué Provincial, el descanso del P. Oviedo fué la trabajosa prefectura de la Congregacion de la Purísima, compuesta de lo más lucido de la capital; el cargo de Prepósito de la Casa Profesa y el rectorado del Colegio de S. Andrés que tenia anexa la Casa de Ejercicios llamada de *Araceli*: en ambos gobiernos el P. Juan Antonio fué, como siempre, modelo de superiores, ejemplar de sacerdotes y espejo de perfeccion religiosa, pudiéndose decir lo que el P. Nadasí dejó escrito del aplaudido y dilatado gobierno del décimo General de la Compañía, P. Gosvino Nykel: *Subditis charus, imperantibus probatus, successibus felix*. Y en efecto, añade el escritor de su vida: “dando principio por el amor con que el P. Oviedo se posesionó del filial cariño y total confianza de los sujetos todos que gobernó, se puede limpiamente afirmar que no se sabe de alguno que viviese desconsolado ó descontento bajo su sombra. Todos iban gustosos á vivir á los colegios donde gobernaba: los que salían sufrían al partir los sentimientos de dejarlo. Tal vez los Superiores mayores no encontrando modo de contentar á algun melancólico, ó de sosegar algun tentado, apelaban por último remedio y acreditado por eficaz, el entregarlo á la direccion del Padre Oviedo. Así toleró por más de medio siglo las gravísimas penalidades anexas al gobierno regular, y cosa rara, habiendo comenzado su cargo de Superior en el

Colegio de S. Andrés, á los veintisiete años de su edad, concluyó sus tareas de Rector en el mismo Colegio á los ochenta y tres, que fué la última de sus cruces, por la grande pobreza en que se hallaba esa casa.” Considerando ya los Superiores que debía descansar, lo relevaron para siempre de todo gobierno, y así lo previno el P. General en 1753; pero conociendo el P. Provincial lo agigantado del espíritu del P. Oviedo, le ordenó que volviese á tomar el empleo de Prefecto de la Purísima, juzgando que el mayor favor que podia dispensarle, era darle ocasion de ejercitar su celo y de morir como buen soldado con las armas en la mano. Y no se equivocó el Superior en este alto concepto que habia formado de la grande alma de nuestro Jesuita; porque llegando á su noticia que por algunos Padres se habia llevado á mal esa determinacion, diciendo que era justo dejarlo ya descansar, contestó estas palabras, dignas de ser consideradas, no solo por los religiosos, sino por cuantos se han consagrado al servicio de la Iglesia. “El nombre de descanso, dijo á sus amigos, es mal sonante y escandaloso en el Diccionario de la Compañía. Mientras Dios me dá fuerzas debo emplearlas en su servicio. El trabajo de predicar será para mí notablemente disminuido, porque me puedo valer de lo mucho que tengo encuadrado en mis manuscritos sobre las materias que se tratan en el púlpito de la Purísima.” Ninguno tuvo que replicar, y el P. Oviedo, obedeciendo hasta la muerte, se trasladó al Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo, á servir con el mismo empeño que la primera vez aquel laborioso oficio, coronando con él los gloriosos trabajos de su larga vida. En ese Colegio, residencia de tantos hombres ilustres, terminó el P. Oviedo su laboriosa vida, despues de haber servido otros tres años á su orden, con el ejemplo de sus virtudes religiosas; con sus pláticas y direccion espiritual en sus ministerios y actos piadosos y caritativos á la Congregacion de la Purísima; y al público entero, porque todo el mundo acudía á su aposento á consultarle, á manifestarle sus penas y pedirle consuelo, y aún á confesarse multitud de gente con él, pues á semejanza de S. Felipe Neri, casi lo último que hizo fué oír de penitencia á un hijo suyo. En fin, despues de una penosa aunque no larga enfermedad en la que dió los más heróicos ejemplos de virtud, como en toda su larga vida, entregó su espíritu al Criador, el sábado 2 de Abril de 1757, de edad de más de ochenta y seis años, setenta y siete de religion, y cincuenta y tres de su profesion solemne. Su entierro se hizo con toda solemnidad, y en él se vieron las antiguas demostraciones para honrar á los cuerpos de los santos, de que fueron testigos no pocos de nuestros mayores, á quienes lo oíamos referir en nuestra niñez, quienes no daban otro título al P. Oviedo, que el de bienaventurado ó Santo. A pesar de lo mucho que caminó el P. Oviedo y de las gravísimas ocupaciones que constantemente tuvo,

fué uno de los escritores mexicanos que dejaron más obras impresas. Además de lo mucho que dejó manuscrito entre sermones, vidas de Santos, cartas edificantes de Jesuitas difuntos y devocionarios más ó menos voluminosos, se encuentran en la "Biblioteca mexicana de Eguiara y Eguren," veintiocho piezas impresas en España y en México: entre ellas hay dos notables: "Destierro de ignorancias para el mejor y más fácil uso de los Santos Sacramentos de la confesion y comunión," de que se han hecho como veinte ediciones; y la titulada "*Succus Theologiae Moralis*," que también se ha reimpresso varias veces. Su vida la publicó en un volumen bastante grueso el P. Francisco Javier Lazcano en 1760.

Otro misionero famoso de la California, terminó su vida edificantemente el mismo año. Este fué el P. Everardo Helen, alemán, llegado á la California en Abril de 1710, el cual en pocos meses habia adquirido algun conocimiento de aquella lengua: acompañado del capitán y de algunos soldados del presidio, marchó en fines del año de 1720 para Guasinapi, en donde las tribus que vagaban por los montes vecinos se reunieron muy contentas de tener un misionero. Al punto se puso mano á la obra de la iglesia y de las casas, trabajando en ello los salvajes á la par con los soldados, como si desde pequeños hubieran estado acostumbrados al trabajo. Despues comenzó el P. Helen á instruirlos en la doctrina cristiana, y era tal el empeño que tenían en aprenderla, que el Padre no podia en todo el dia libertarse de su piadosa importunidad para atender á otras ocupaciones. Repetían sin cesar lo que habian aprendido, y todos los dias antes del alba se levantaban á entonar las oraciones, cuyo concierto tan grato á Dios y á los ángeles, hacía llorar de ternura al misionero. A poco tiempo se vió éste precisado á andar continuamente por los montes, llamado por las tribus más remotas á instruir á los viejos y enfermos, á quienes podia ser nociva la dilación, y á bautizar á los párvulos.—Terminadas que fueron las fábricas, se volvió el capitán con sus soldados á Loreto, dejando cuatro que juzgó necesarios para la seguridad del misionero en un país tan distante del presidio y aun no sometido al Evangelio. El Padre Helen, continuando sus tareas apostólicas, celebró el sábado de Gloria de 1721 el primer bautismo de veinte adultos con todo el aparato y solemnidad posibles, y el segundo con igual solemnidad en la vigilia de Pentecostés.—Estos ejemplos avivaron en otras tribus remotas el deseo del bautismo; pero el Padre les protestó que no las creería capaces de tan excelente gracia si no le traian las tablitas, las capas de cabellos, las pezuñas de ciervo y otras cosas semejantes que les servían en sus supersticiones. Hubo dificultad en obtener esta condicion, porque estas cosas como materia de la supersticion, eran instrumentos de las imposturas que sus charlatanes usaban para procurarse el

sustento. El mismo misionero en quince años de continua práctica y observacion de aquellos indios, no pudo hallar entre ellos ningun vestigio de idolatría, brujería ó pacto con el demonio. Conoció por la experiencia, que los que pasaban por brujos no eran sino verdaderos charlatanes é impostores; pero como los engaños de éstos eran el mayor obstáculo á la propagacion de la fé, á ejemplo de otros misioneros, exijía á los que pedian el bautismo que le llevasen todas aquellas cosas de que usaban los guamas para mantenerlos en el ciego gentilismo. Al fin consiguió que le llevasen muchísimas, y las quemó todas en una grande hoguera en un dia destinado á esta funcion, á la cual convocó á todos los indios, quienes manifestaron el desprecio que ya hacian de aquellas cosas con las pedradas que les tiraron hombres y mujeres, niños y viejos. El celo del P. Helen se explicó mucho más en los años de 1722 y 23, que fueron tan infaustos á la Península por las calamidades que le sobrevinieron, cuanto habian sido felices los dos anteriores por la fundacion y prósperos principios de dos nuevas Misiones. El año de 1722 se vió aflijida la California con la terrible plaga de la langosta, que destruyó casi todas las frutas silvestres con que se mantenian los indios, y si no hubiera sido por el maíz que se les daba en las Misiones, muchos hubieran perecido de hambre. Pero como el maíz no era tanto que alcanzara para todos, se dedicaron á matar las langostas no solo para destruirlas, sino para comérselas. Esta comida y otras igualmente nocivas, les causaron una enfermedad de úlceras malignas que privó de la vida á muchos. El P. Helen, impelido por su fervorosa caridad, andaba sin cesar por aquellos escabrosos montes, llevando á los enfermos auxilios espirituales y temporales y haciendo con ellos las veces de padre, de médico, de enfermero, de confesor y de consolador. Apenas se habia mitigado esta enfermedad, cuando sobrevino otra de disenteria, en la cual trabajó tanto el misionero, que contrajo una hernia peligrosa, y una inflamacion de ojos tan molesta y fuerte, que se vió precisado á retirarse á Loreto para curarse, volviendo despues á su Mision, aunque no estaba del todo sano. Los neófitos viendo que por ellos habia sacrificado su reposo y salud, le recibieron como un ángel venido del cielo, y él sirvió en todas las cosas del alma y del cuerpo á doscientos veintiocho cristianos adultos que perecieron en aquella peste, á un número mayor que se salvaron, y á muchos niños que bautizados por él volaron al cielo. Lo mismo sucedió en las otras Misiones, aunque no tanto como en la de Guadalupe ó Guasinapi.—Prevalióse el P. Helen del amor que los indios le tenían para los progresos del cristianismo, los cuales fueron tan rápidos que en el año de 1726 habia treinta y dos tribus convertidas, en las que á más de los catecúmenos se contaban mil setecientos siete cristianos. De estas tribus algunas fueron agrega-